

diez mil duros al año. Cuando se hallaba en el poder, no le deslumbró el brillo del mando, ni le envaneció su distinguida posición. Sus goces y su distracción se reducían á pasar las tardes en el locutorio del convento de la Encarnación, hablando con una hija que allí tenía monja. A pesar de las bellas cualidades morales que le adornaban, su gobierno no fué del agrado de ninguno de los dos partidos. El bando europeo le acusaba de no haber dictado medidas que asegurasen al Gobierno español la posesión de la Nueva España; el americano le pintaba como un instrumento de persecución de que se habían valido los que le elevaron al poder, para satisfacer venganzas y perseguir á los que odiaban. Esto sucede siempre á los hombres que están en el poder en épocas de exaltaciones políticas, y que no tienen la energía suficiente para dominar la situación.

1809. No concurrían tampoco en el arzobispo
Julio. virey D. Francisco Javier de Lizana y Beaumont, las condiciones que exigían del gobernante las difíciles circunstancias en que se encontraba el país. Honrado, virtuoso, de carácter dulce y de sentimientos generosos, hubiera sido un excelente virey en época tranquila y sin embates; pero en el estado de agitación en que empezaba á estar la sociedad, se necesitaba reunir á la honradez, la humanidad y la virtud, otras cualidades políticas y militares.

Su carácter suave y conciliador, se descubre en la proclama que dió al país al poner en conocimiento de sus habitantes el empleo con que había sido honrado. Las palabras allí impresas y que eran realmente la expresión

sincera de un alma noble y pura, no respiran mas que laudables miras de benignidad y conciliación. En ellas manifestaba que sus disposiciones no se dirigirían sino al bien general y á establecer la armonía en la sociedad entera. Decía que, aunque al principio estuvo resuelto á no admitir el delicado cargo, pues anciano, débil y enfermo, veía que era aun demasiado peso el de la mitra, lo admitió por no rehusarse á servir á un Gobierno que había juzgado que podía ser útil á la sociedad en que vivía.

1809. El virtuoso arzobispo virey dejaba ver en todo su manifiesto los hidalgos sentimientos que le animaban, y excitaba á los ricos al desprendimiento de alguna parte de sus caudales para auxiliar al gobierno de España en la lucha que sostenía contra la Francia, y para acompañar las palabras con el ejemplo, renunció al sueldo que como virey tenía, como había cedido desde hacia algun tiempo, con el mismo patriótico objeto, todos los sobrantes de su renta episcopal.

Con el fin de consagrarse completamente á los asuntos que, como gobernante, se juzgaba en el sagrado deber de desempeñarlos con acierto, encargó el gobierno de la mitra á su primo el inquisidor Alfaro, juzgando imposible atender debidamente á los dos cargos. Pero si el prelado virey juzgaba uno solo de los gobiernos suficiente carga para sus hombros, no opinaba de la misma manera su primo, que se creía con fuerzas no solo para la dirección de los asuntos eclesiásticos que se le había confiado, sino para dirigirle en los negocios del vireinato. Prevalecido de la influencia que ejercía con el arzobispo virey, empezó á intervenir, desde el principio, en los asuntos del